

## EN TORNO A LOS DIALECTOS GRIEGOS OCCIDENTALES

(A PROPÓSITO DE UN RECIENTE LIBRO DE A. BARTONĚK)

1. Dentro de la problemática general de la dialectología griega, la clasificación genética de los diversos grupos dialectales y sus mutuas interrelaciones constituyen tal vez las cuestiones de mayor complejidad. El desciframiento del micénico ha permitido abordar con criterios nuevos las relaciones entre el jonicoático, el arcadio-chipriota y los dialectos del grupo eolio; en cambio, los dialectos llamados «dorios y del NW» han quedado en los últimos años un tanto relegados ya que, al ser unánimemente considerados como grupo marginal al área lingüística micénica, poco o nada ha modificado la lectura de la lengua de las tablillas los criterios que respecto a ellos se habían formulado.

Algunos autores han abordado en la década de los sesenta el problema de la clasificación de los dialectos griegos en general<sup>1</sup>, pero hasta el momento no se disponía de un estudio monográfico de los dialectos occidentales que fuera en lo esencial más allá de los resultados que en 1843 alcanzara Ahrens<sup>2</sup>. El carácter parcial y tardío de la documentación epigráfica disponible y la existencia de tendencias supradialectales convergentes que culminan en el

---

<sup>1</sup> Así, R. Coleman, «The Dialect Geography of Ancient Greece», *TPhS*, 1963, 58-126; J. Chadwick, «The Prehistory of the Greek Language», *CAH*, II, 1964, fasc. 39; W. F. Wyatt Jr., «The Prehistory of the Greek Dialects», *TAPA*, 101, 1970, 557-632.

<sup>2</sup> *De Graecae Linguae Dialectis*, II, Gotinga, 1843. Para una discusión, cf. Thumb-Kieckers, *Handbuch*, 315 ss.

surgimiento de las diferentes *koinai* han traído como consecuencia que buena parte de los problemas que se plantean disten mucho de estar definitivamente resueltos. Tal es el caso de la posición lingüística de los dialectos de Acaya y Élide o la de los llamados «Dialectos Menores» (Acarnania, Epiro, Ftiótide, Lamía, Málide, Énide)<sup>3</sup>, así como el de la división entre la Fócide oriental y la occidental. No menos sin resolver definitivamente se encuentran otras cuestiones que, aun sin pertenecer exclusivamente el campo de los dialectos occidentales, atañen a sus relaciones con los restantes dialectos griegos: tal sería, por ejemplo, el caso de la hipotética influencia noroccidental en Tesalia y Beocia<sup>4</sup>, o el de la filiación dialectal del panfilio<sup>5</sup>.

2. En el reciente libro de A. Bartoněk<sup>6</sup> que ha dado pie a estas líneas, el prestigioso lingüista checo, bien conocido por sus estudios sobre el desarrollo de los sistemas consonántico y vocálico de los dialectos griegos<sup>7</sup>, parte de los resultados de sus anteriores investi-

<sup>3</sup> Los dialectos de Etolia y Acarnania son, desde luego, los mejor conocidos, cf. Bechtel, *Griechische Dialekte*, II, 71 ss. 76 ss. Los datos de Epiro son muy recientes y de valor muy relativo, cf. Thumb-Kieckers, 312 ss. Por lo demás, el resto de los dialectos llamados menores son prácticamente desconocidos, ya que las inscripciones (incluidas en IG IX.2, junto a las de Tesalia por O. Kern) están escritas en *koiná* noroccidental, y sólo de Acaya Ftiótide se conservan algunos textos que presentan las características del tesalio, cf. G. Fohlen, *Untersuchungen zum thessalischen Dialekt*, Estrasburgo, 1910, 42 ss.; A. H. Salenius, *De Dialectis Epirotarum Acarnanum Aetolorum Aenianum Phthiotarum*, Helgsingfors, 1911, distingue entre la *koiná* doria del epirótico y el acarnanio y la *koiná* etolo-aquea (p. 174 «Aetolicam —vel Aetolo-Achaeam— appellaverim») nacida del focidio, locrio y délfico.

<sup>4</sup> Así, recientemente, Thumb-Scherer, *Handbuch*, 18 y 51-52. Con todo, ya R. Merzdorf, *Die sogenannten äolischen Bestandtheile des nördlichen Dorismus*, Leipzig, 1874, había sugerido que los supuestos eolismos del focidio y del locrio, así como los rasgos noroccidentales de los dialectos eolios, pudieran entenderse como desarrollos recientes en común («Äolodorismen»).

<sup>5</sup> Incluido entre los dialectos occidentales (concretamente entre los dorios del Sudeste) por Bechtel, II, 796 ss. Para una gramática reciente —aparte de la de Thumb-Scherer 175 ss.—, cf. P. Metri, «Il dialetto panfilio», *RIL*, 87, 1954, 79-117, para quien la base del dialecto es eolia *sensu lato*, aunque con elementos dorios procedentes de Creta.

<sup>6</sup> *Classification of the West Greek Dialects at the time about 350 B. C.* ACADEMIA, Publishing House of the Czechoslovak Academy of Sciences, Praga, 1972.

<sup>7</sup> *Vývoj konsonantického systému v řeckých dialektach*, Praga, 1961; *Development of the Long-Vowel System in Ancient Greek Dialects*, Praga, 1966.

gaciones e intenta un estudio —sincrónico y diacrónico— de los dialectos del grupo occidental (denominación que prefiere a la de «Nordgriechisch» de E. Risch), de acuerdo con el método estadístico. Tal método había sido ya aplicado por R. Coleman en un polémico artículo<sup>8</sup> publicado en 1964 y que abrió el camino a una nueva manera de abordar el problema de la fragmentación dialectal griega. Coleman trata de caracterizar los diferentes dialectos en sí y en sus relaciones con los demás, sirviéndose para ello de una lista de 51 rasgos fonéticos, morfológicos, sintácticos y lexicales. Con tales criterios, obtiene una serie de coeficientes de correlación que a su vez permite trazar un cuadro de concordancias dialectales basado en el primero y del que emergen, junto a algunas conclusiones de interés, otras mucho menos convincentes.

**2.1.** El estudio de Bartoněk representa frente al de Coleman sustanciosas novedades, aparte de la de centrarse en un grupo de dialectos muy concreto y genéticamente emparentados entre sí:

1. Se ocupa únicamente de fenómenos contemporáneos (ca. 350) en una época en que todos los dialectos estudiados habían ya adoptado el alfabeto jonio. Así, se descartan los arcaísmos que en el siglo IV habían ya sido reemplazados por las innovaciones correspondientes, como el empleo de Ζ (= *ts*) en Creta, ya sustituido por ΤΤ. Igualmente se descartan las innovaciones posteriores a ca. 350, como las formas de dativo en -οι (por -ωι) en etolio, focidio y locrio.

2. Excluye los fenómenos supradialectales, como el empleo de la grafía Η para el. μ $\alpha$  o de ΕΙ/ΟΥ para lac.  $\bar{e}/\bar{o}$  en época reciente.

3. Los 44 rasgos estudiados son clasificados según su mayor o menor relevancia diferencial: normalmente los fonológicos son de mayor importancia que los morfológicos y éstos que los sintácticos y lexicales. Así, el «criterio primordial y básico para la clasificación» (p. 123) es la transformación en algunos dialectos del sistema de vocales largas, en relación sobre todo con el primer alargamiento compensatorio. Otros fenómenos serán relevantes, aunque en menor grado, por su frecuencia de aparición (p. ej. infinitivos temáticos en -ην, -ειν o -εν), por su gran significación (p. ej. los tratamientos

<sup>8</sup> Cf. *art. cit.* n. 1. Véase nuestra crítica *infra* 4.1.

de *dj-*, *gj-*, *j-*) o por ambas razones (p. ej. aspiración secundaria de *s*, rotacismo). Por lo demás, algunos rasgos diferenciales —señalados como B por oposición al grupo A, de mayor relevancia— (p. ej. el paso  $\rho\sigma > \rho\rho$ , la distribución de  $\pi\rho\sigma/\pi\sigma$ , el paso de la flexión de los verbos en  $-\acute{\alpha}\omega$  a  $-\acute{\epsilon}\omega$ ) son de menor significación, aunque suficiente para incluirlos en la lista de rasgos que abarca el estudio. En cambio, se excluyen los datos literarios, los coloniales (si el rasgo en cuestión no se documenta en la metrópoli) y las formas aisladas.

4. Mientras que Coleman se centra en los coeficientes de correlación entre unos dialectos y otros, Bartoněk se ocupa de los de diferenciación, en la idea de que las concordancias se dan por sobreentendidas por la indudable comunidad genética originaria.

**2.2.** Antes de abordar sistemáticamente el estudio del grupo occidental, se dedican dos capítulos (pp. 46 ss.) a los problemas planteados por los dialectos del NW. Las conclusiones obtenidas de este estudio preliminar (del que se descartan los dialectos menores del valle del Esperqueo y regiones limítrofes por la falta de documentación apropiada) son las siguientes:

1. El *eleo* no pertenece al grupo de los dialectos del NW, como se deduce de un estudio parcial sobre 20 rasgos diferenciales (pp. 55 ss.): el fundamento es el paso  $\bar{e} > \bar{a}$  (ca. 1200), debido a la influencia del sustrato pregregio, que confiere un peculiar sistema de vocales largas al dialecto. Hay además otras diferencias de menor relevancia (psilosis, espirantización de *d*, paso de *dz* procedente de *dj-*, *gj-*, *j-* a *d(d)*, rotacismo, etc.) respecto a los dialectos del NW.

2. El *locro* oriental comparte ca. 350 con el *focidio* (pp. 69 ss.), el dativo en  $-\epsilon\sigma\sigma\iota$  y el infinitivo temático en  $-\epsilon\nu$ , y era diferente del *locro* occidental por lo menos desde 450. Por tanto, el *locro* oriental queda excluido del estudio como dialecto independiente, ya que en la época que interesa a la investigación sería muy poco diferente del *focidio*.

3. Si bien los datos son escasos y la *koiné* acaica se deja sentir pronto en la metrópoli, Bartoněk (pp. 79 ss.) considera que el dialecto de *Acaya* pertenece originariamente a la llamada «Doris seve-

rior», como atestiguan las colonias acaicas en que las grafías H/Ω son normales para las  $\bar{e}/\bar{o}$  secundarias.

**2.3.** Sentadas estas premisas, y tras una breve enumeración de los dialectos dorios (pp. 87 ss.), se aborda el estudio global de los dialectos occidentales según el criterio fundamental del desarrollo del sistema de vocales largas en cada dialecto en función de la creación de nuevas largas procedentes de alargamientos compensatorios o de contracciones homofonémicas ( $e + e$ ,  $o + o$ ). El primer alargamiento es el de mayor significación, pues permite esbozar un desarrollo diferencial diacrónico; en este punto, Bartoněk reproduce su teoría<sup>9</sup> expuesta en 1967. Según ésta, el micénico había ya conocido el primer alargamiento, sin que su sistema de cinco vocales con tres grados de abertura sufriera alteración: tal es la situación que reaparece en arcadio, beocio, así como en los dialectos de las estirpes occidentales asentadas en regiones incluidas previamente en el mundo micénico, las cuales llevaron a cabo el alargamiento poco después y en la misma modalidad, asimilándola como hecho de sustrato. En cambio, los dialectos de las estirpes establecidas fuera del que fue ámbito micénico amplían el sistema de vocales largas con la creación de fonemas  $\bar{e}/\bar{o}$  diferentes de los  $\bar{e}/\bar{o}$  originarios; esta tendencia innovadora tendría su origen en las regiones vecinas al golfo Sarónico y al de Corinto.

Tras el detallado estudio de la integración de las nuevas vocales largas secundarias en los diferentes dialectos, Bartoněk (pp. 116 ss.) los clasifica —con exclusión del *eleo*— como sigue, empleando la terminología de Ahrens:

I. «Doris severior» (laonio y dialectos de Tarento y Heraclea, mesenio, acaico, cirenaico, cretense central y oriental) en que la  $\bar{e}/\bar{o}$  secundarias se funden con las primarias. Las diferencias internas son poco significativas dentro del grupo; así, el segundo alargamiento se da plenamente en laonio, mesenio, acaico, falta en cretense central y cirenaico, y sólo en interior (tipo  $\pi\acute{\alpha}\sigma\alpha$ ) en cretense oriental.

II. «Doris media» (argivo occidental y dorio del Egeo) que, al margen de ciertas diferencias respecto a la «Doris severior» en lo

<sup>9</sup> «Compensatory Lengthening in Mycenaean», *Atti Roma*, II, 1968, 756-763.

relativo al segundo alargamiento, se aparta de ésta por la creación de fonemas  $\bar{e}/\bar{o}$  como producto de las contracciones (argivo occidental), o de éstas y del tercer alargamiento (dorío del Egeo).

III. «Doris mitior» (argivo oriental, megarenses, corintio, dialectos del NW), que crea nuevos fonemas  $\bar{e}/\bar{o}$  a partir de los dos primeros alargamientos y de las contracciones, en tanto que el tercer alargamiento no se produce por la sobrecarga de  $\bar{e}/\bar{o}$ .

El estudio de otros 37 rasgos permite a Bartoněk establecer un cuadro (pp. 130-133, comentado en pp. 146 ss.) de los diversos tratamientos en cada dialecto, que a su vez da paso a la obtención de unos coeficientes de diferenciación y a un cuadro de las interrelaciones entre los diversos subgrupos dialectales.

**2.4.** Como ampliación de las conclusiones anteriores, se aplican dos criterios adicionales que permiten obtener una mayor perspectiva en la clasificación de los dialectos occidentales.

1. Coeficiente general de capacidad diferencial de cada dialecto, deducido de sus coeficientes particulares respecto a cada uno de los restantes. Los extremos están representados por el cretense central (0,546) y el eleo (0,520) por una parte, y el acaico (0,233 en el dialecto propiamente dicho, 0,226 en la *koiná* y el mesenio (0,248) por otra.

2. Coeficiente de capacidad innovadora, que se obtiene para cada dialecto a partir del número de rasgos innovadores, según el cuadro D 2 (pp. 166 ss.), aunque es de destacar que las elecciones no son notadas como relevantes.

Al cotejar los coeficientes de innovación (p. 172) con los de capacidad diferencial se observa que, aunque no siempre, suelen coincidir. Así, el cretense central, el eleo y el laconio tienen ambos coeficientes muy altos, frente al acaico, al heracleo y al mesenio que los presentan muy bajos.

**2.5.** A la luz de los resultados obtenidos con los criterios glósados *supra*, Bartoněk procede a una consideración global de los dialectos resultantes de su reclasificación (pp. 176 ss.), que se completa con un esbozo de las relaciones de éstos con el contorno no occidental (pp. 189 ss.), en función de fenómenos que representen innovación o, al menos, elección. El capítulo final (pp. 208 ss.) resu-

me los puntos fundamentales de la exposición a lo largo del libro y traza un esquema diacrónico del desarrollo diferencial de los dialectos estudiados, y cuyo punto culminante se puede situar en ca. 350. La clasificación detallada de los dialectos resultantes podría establecerse como sigue:

1. El grupo de los dialectos del NW, de alto coeficiente tanto innovador como diferencial; es el más afín al grupo sarónico, lo cual probaría una identidad originaria que se remontaría a los primeros tiempos de la invasión doria. Su relación con tesalio y beocio (paso  $\sigma\theta > \sigma\tau$ , participios en  $-\xi\mu\epsilon\nu\omicron\varsigma$ , paso<sup>10</sup> de verbos en  $-\acute{\epsilon}\omega$ ,  $-\acute{\omicron}\omega$  a  $-\acute{\eta}\omega$ ,  $-\acute{\omega}\omega$ ) es conocida, y presenta asimismo concordancias con el eleo y el acaico, aunque de origen reciente y debidas a la vecindad geográfica.

2. El grupo sarónico (corintio, megárico, argivo oriental), prototipo arcaico de la «Doris mitior», con ambos coeficientes más bien bajos, originariamente en relación con el grupo anterior; presente ca. 350 una serie de concordancias con el jonicoático y dorio del Egeo. Dentro del grupo, el argivo oriental ocupa una posición especial por su mayor relación con el argivo occidental.

3. El argivo occidental, sin relación estrecha con otro dialecto que el argivo oriental y, en menor grado, con el resto de los dialectos del grupo sarónico, es relativamente conservador, aunque al mismo tiempo presenta un alto coeficiente diferencial, en especial respecto al eleo y dialectos del NW.

4. El dorio del Egeo, poco innovador y muy en relación con el jonio insular y minorasiático, presenta ciertas diferencias internas debidas a la atomización económica del mundo egeo (p. ej. el carácter innovador del terense y del rodio frente a cirenaico y coico, más conservadores). En general, presenta grandes afinidades con el grupo sarónico y el argivo occidental, sea por comunidad originaria, sea por contacto durante el I milenio.

5. El cretense central, dialecto que presenta el más alto coeficiente diferencial de entre todos los occidentales y uno de los más altos de innovación, constituye un modelo muy autónomo de «Doris severior», tanto por sus desarrollos propios (psilosis, tratamiento

<sup>10</sup> Reproducimos el concepto tal como lo vierte Bartoněk. En nuestra opinión, un paso de  $-\acute{\epsilon}\omega$ ,  $-\acute{\omicron}\omega$  a  $-\acute{\eta}\omega$ ,  $-\acute{\omega}\omega$  no se explica ni fonética ni morfológicamente, cf. *infra* 5.3.2.

de  $t(h)j-$ ,  $k(h)j-$ ,  $-tw- > ts > tt$ ,  $d(h)j-$ ,  $g(h)j-$ ,  $j- > dz > \bar{d}\bar{d}$ , etc.) como por el elemento de sustrato aqueo<sup>11</sup> (grado *o* en βόλομαι, πεδά, πορτί, etc.) o la influencia supradialectal del Egeo. Como era de esperar, presenta sus menores índices de diferenciación respecto a los dialectos de la «Doris severior» y la «media» especialmente respecto a los de Cirene y Creta oriental.

5 a. El cretense oriental, poco innovador y con no mayor capacidad diferencial, presenta, con todo, innovaciones comunes con el cretense central (paso  $\epsilon o > \epsilon u$ , tercer alargamiento), aunque también con el dorio del Egeo en casos en que el cretense central conserva lo antiguo (p. ej. cret. or.  $-\omega\sigma\alpha$ , cir.  $-\omicron\iota\sigma\alpha$  / cret. centr.  $-\omicron\nu\sigma\alpha$ ). El cretense oriental es de gran valor para reconstruir la base dialectal cretense, quizá originariamente vinculada con el terense y cirenaico.

6. El grupo laconio-mesenio (al que se añaden el heracleo y tarentino) sería de gran significación para reconstruir la originaria base dialectal doria, aunque el laconio desarrolla en época posterior a las migraciones una serie de innovaciones propias (espirantización de  $th$ :  $\theta\epsilon\acute{o}\varsigma > \sigma\iota\acute{o}\varsigma$ ), así como otras que, aunque atestigüadas en otros dialectos, deben entenderse como independientes en laconio ( $\epsilon o > \iota o$ ,  $\rho\sigma > \rho\rho$ ,  $\sigma\theta > \sigma\tau$ ,  $-\eta\omicron\varsigma > -\epsilon\omicron\varsigma$ ,  $\acute{\epsilon}\varsigma$  con acusativo, pasos  $d > \bar{d}$  y  $dz > d(d)$ , aspiración secundaria de  $s$ , etc.).

6 a. El dialecto de Acaya, poco diferenciado y escasamente innovador, vinculado en su origen a la base doria, y sometido a la influencia del sustrato predorio, ha recibido en época anterior a las colonizaciones un influjo considerable de los dialectos del NW, así como de los del golfo sarónico, lo que hace que ca. 350 sus diferencias sean poco relevantes respecto a éstos. La posibilidad de que los fonemas  $\bar{e}/\bar{o}$  puedan explicarse estructuralmente a partir del propio acaico es descartada.

7. El dialecto eleo, cuyo especial carácter dataría de antes del primer alargamiento, presenta gran afinidad con los dialectos de la «Doris severior» (no existencia de  $\bar{o}$ ), entrelazado con algunos

<sup>11</sup> Por lo general, Bartoněk al hablar de sustrato predorio no especifica si se trata de sustrato aqueo o eolio, lo cual no es extraño si tenemos en cuenta que para el lingüista checo los eolios eran los pobladores micénicos de Grecia central, cf. *infra* 5.3.



rasgos comunes con el grupo noroccidental y que deben atribuirse a la vecindad geográfica entre ambos dominios lingüísticos.

3. El análisis de Bartoněk tiene el mérito fundamental de sugerir una reclasificación de los dialectos occidentales con criterios nuevos y sensiblemente más sugestivos que los hasta ahora empleados: la aplicación del método estadístico al estudio de uno de los grandes grupos dialectales, basándose para ello en los resultados alcanzados en sus anteriores investigaciones en el campo del vocalismo y consonantismo griegos. Por lo demás, obra en favor de la solidez de este estudio el hecho de que parte en principio de la mera constatación de datos relativamente objetivos. Verdad es que, como veremos más adelante, un intento de interpretación es a veces inevitable y algunas de tales interpretaciones serán aquí discutidas; pero, en conjunto, predomina la objetividad al dejar constancia de la presencia de tal o cual rasgo en los diversos dialectos.

Aunque sería prolijo el hacer hincapié en los aciertos del libro de Bartoněk, es de hacer constar que algunos de los resultados parciales obtenidos tienen valor incontestable. Así, la agrupación del locrio oriental con el focidio y no con el locrio occidental (al menos en la época en que se intenta la clasificación) y la idea de que la base doria originaria ha de ser buscada en los dialectos poco innovadores como el mesenio, heracleo, acaico o cretense oriental más bien que en el laconio o el cretense central, cuyo carácter evolucionado respecto al estadio originario es evidente. Pero quizá las más brillantes conclusiones de Bartoněk sean las relativas al carácter dialectal del acaico y al grupo sarónico.

3.1. El dialecto de Acaya ha sido quizá el más enigmático dentro del grupo occidental; la postura aséptica de Bechtel o Kieckers ha prevalecido en lo esencial hasta el presente<sup>12</sup>, y el propio Bartoněk ignora prácticamente este dialecto en *Development*; por lo demás, el intento de Coleman<sup>13</sup> de presentarlo como dialecto puente entre el dorio y el griego del NW en función de sus elevados coeficientes de correlación con el argivo, por un lado, y con el etolio y focidio,

<sup>12</sup> Bechtel II 869 ss.; Thumb-Kieckers 226 «Achaia und seine Kolonien», esp. 228-230.

<sup>13</sup> *Art. cit.*, 118.

por otro, no ofrece demasiadas garantías por las limitaciones mismas del método seguido por Coleman (cf. *infra* 4.1).

El gran acierto del estudio de Bartoněk consiste en la consideración de los datos de las colonias acaicas, en especial Itaca, Cefalonia y Zacinto. Así, la presencia de ἐκεχειριαν *IvM* 35.11 en un decreto de los cefalénios (s. II), de Κληναγορα *IG* IX.1, 671.1 (Itaca), Κληνιππαν *IG* 600.2 (Zacinto), o de τῶργυριω Schw. 463.3.10 (Terina, colonia de Crotona) y τηνω *SGDI* 1671 (Itaca) pueden parecer sugerir que el estadio originario, es decir, el tipo conservador de los tres grados de abertura, se mantuvo mejor en las colonias que en el Peloponeso, en que la influencia supradialectal de las dos *koinai* se dejaba sentir con mayor fuerza<sup>14</sup>. Por tanto, el acaico pertenecía originariamente al tipo de la «Doris severior». Por lo demás, las grafías EI/OY en acaico deben considerarse como extrañas al dialecto<sup>15</sup>, lo cual no tiene nada de particular, si tenemos en cuenta que en un dialecto como el laconio —claro representante de la «Doris severior»— aparecen en época reciente grafías EI/OY para las *ē/ō* secundarias.

3.2. La diferenciación interna dentro de la Argólide, ya sugerida por Bartoněk en 1970<sup>16</sup>, aunque no se duda de la comunidad originaria de los pobladores de las partes oriental y occidental de la región, es clara desde el primer alargamiento compensatorio: el argivo oriental (con Epidauro) se alinea con el corintio y el megarense —dialectos de la «Doris mitior»— formando el grupo que llama Bartoněk «sarónico», mientras que el argivo occidental (Argos, Metana, Trecén, valle del Inaco en general) sigue el modelo de la

<sup>14</sup> También en las colonias aparecen formas del tipo ἐκεχειρια, Κλειναγορα, pero la atribución a las tendencias supradialectales recientes parece justificable. En cuanto a la *koiná* acaica y la influencia que sobre ella pudo ejercer la *koiné* ática, cf. C. D. Buck, «The Source of the so-called Achaean KOINH», *AJPh*, 21, 1901, 193-196.

<sup>15</sup> El razonamiento inverso, es decir, que las grafías Η/Ω frente a las supuestamente originaria EI/OY se deba a la influencia de los dialectos del tipo «Severior» no es convincente: extraño sería que rasgos no característicos de *koiné* alguna se extiendan a dialectos aislados precisamente en época en que éstos comienzan a ceder ante aquéllas.

<sup>16</sup> «Das Ostargolische in der räumlichen Gliederung Griechenlands», *Donum Indogermanicum*, 1971, 118-122, aunque la división entre argivo oriental y occidental ya se encuentra en *Development*.

«Doris severior» (tipos ἡμί, βωλά). Tal diferenciación se habría desarrollado con el segundo alargamiento (arg. or. πᾶσα, τους φιλοῦς frente a su no realización en arg. occ. πανσα, τους φιλονς) y, en cierto modo, el tercero (no realizado en arg. or. ξενος, κῶρα, mientras que en Argos tenemos el tipo ξηνος). Así pues, la diferenciación entre las dos partes de la Argólida es tan antigua como la que opone la «Doris severior» a la «Doris mitior», aunque el resultado  $\bar{e}/\bar{o}$  de las contracciones homofonémicas en argivo occidental lo convierte en uno de los dialectos de la llamada «Doris media»<sup>17</sup>.

Verdad es que no faltan algunos datos aislados<sup>18</sup> que contradicen la tesis de Bartoněk, en especial la aparición de βωλας Schw. 131.17 en un decreto de Sición, de la región de Corinto (aunque tenemos ἐκεχειριαν .7, μουσικόν .9, ε[ι]μεν .12 en la misma inscripción). Las contradicciones dentro de la misma inscripción quitan valor a este anómalo tratamiento, por lo que la teoría de Bartoněk es plenamente verosímil y habrá que contar con ella en lo sucesivo al enfocar las interrelaciones de los dialectos occidentales.

4. Hasta aquí la exposición sucinta de los logros del libro de Bartoněk, cuyo valor queda realzado por la claridad de la exposición que, con todo, es un tanto redundante a veces. Ahora bien, el método estadístico —independientemente de las conclusiones a que se llegue y de la interpretación de éstas— presenta una serie de problemas de base y, en particular, los presupuestos en los que se apoya el dialectólogo checo, con ser coherentes y llenos de lógica interna, merecen comentario y discusión permenorizados. Éste será precisamente el objeto de las líneas que siguen.

4.1. El método estadístico, aplicado por primera vez por Coleman, surgió como un intento de abordar la problemática de las interrelaciones entre los dialectos griegos desde una perspectiva

<sup>17</sup> No se excluye, por supuesto, la existencia de rasgos —innovadores incluso— panargivos de fecha reciente, opuestos a los dialectos vecinos. Al mismo tiempo se dan también tratamientos divergentes. Así arg. occ. φιλεν, no φιλην, frente a arg. or. φιλειν, entre otros.

<sup>18</sup> También en argivo oriental, la presencia de la grafía Ω para  $\bar{o} < o + o$  (Schw. 100 en Hermione) puede deberse a influjo laconio (¿escriba laconio?), como sugiere Bartoněk p. 114.

distinta de las anteriores. El intento de Coleman dista mucho de ser un modelo en la aplicación del método estadístico, como indirectamente se deja ver a partir de las modificaciones que respecto a él ha aportado Bartoněk. Pero, en cualquier caso, su valor como exponente de las limitaciones del método es indudable. Veamos someramente tres inconvenientes fundamentales del análisis de Coleman, que, en lo esencial, son evitados por Bartoněk:

1. La equiparación de fenómenos de muy diversa importancia y cronología. Así, rasgos tan esenciales para la fragmentación dialectal como pueden ser el paso de  $\bar{a}$  a  $\bar{a}$  en jonicoático o los tres alargamientos son tratados en pie de igualdad con el paso de  $\xi\xi$  a  $\acute{\epsilon}\zeta$  ante consonante, los casos oblicuos del nombre de Zeus (tipos  $\Delta\acute{\iota}\omicron\varsigma$  o  $Z\eta\nu\acute{\iota}$ ) o el empleo de  $\acute{\alpha}\gamma\rho\acute{\epsilon}\omega$ ,  $\acute{\alpha}\gamma\iota\nu\acute{\epsilon}\omega$  o  $\acute{\alpha}\iota\rho\acute{\epsilon}\omega$ . Por otra parte, rasgos de venerable antigüedad como la asibilación de  $ti$  en griego oriental o la elección del grado  $e$  u  $o$  (\* $g^{wel}/g^{wol}$ -) de la raíz de «querer» son equiparados, en cuanto a su importancia para la clasificación dialectal, con los tratamientos recientes de  $\epsilon\omicron$ , o el paso de  $\rho\sigma$  a  $\rho\rho$ . Al mismo tiempo, rasgo tan significativo como el paso de  $\bar{e}$  a  $\bar{a}$  en eleo no se incluyen en la lista de 51 rasgos seleccionados por Coleman. A mayor abundamiento, la falta de un cuadro detallado de las variantes que para cada uno de los rasgos en cuestión presentaban los diversos dialectos impide prácticamente al lector darse una idea cabal de las relaciones interdialectales propuestas.

2. El intento de obtener coeficientes de afinidad para la totalidad de los dialectos griegos es excesivamente ambicioso, si no existen previamente estudios parciales de los diversos grupos.

3. La aséptica y exclusiva atención a los rasgos lingüísticos con indiferencia absoluta ante las más evidentes relaciones de vecindad geográfica, postura que, llevada a sus últimas consecuencias, tiene resultados claramente negativos. Citemos dos casos muy significativos. En primer lugar, el escepticismo ante la posibilidad del influjo jonio en lesbio por el hecho mismo de que los rasgos del lesbio atribuidos a tal influjo aparecen también en otras regiones<sup>19</sup>; poco valor tiene tal argumento si tenemos en cuenta que era el jonio, y no otro, el dialecto que se hablaba en la región vecina a

<sup>19</sup> *Art. cit.*, 80 ss.

la Eólida, e incluso se había extendido en época reciente a la zona de Esmirna y Quíos, originariamente eolias. En segundo lugar, el que Coleman considere al beocio como «bridge-dialect»<sup>20</sup> entre el tesalolesbio y el dorio (no el griego del NW, como sería de esperar en razón de la vecindad geográfica) se apoya en el elevado coeficiente de afinidad que le une al mesenio, al laconio, al eleo y al heracleo (siempre según la evaluación enigmática de Coleman). Ahora bien, incluso aunque admitiésemos la validez de tal esquema para la segunda mitad del I milenio sorprende el candor con que Coleman pretenda trasponer este esquema a la época de la fragmentación dialectal y negar en consecuencia la existencia del grupo eolio, mediante uno de esos gráciles saltos atrás de casi mil años, tan frecuentes en la dialectología de la época de Hofmann.

4.2. Una vez puestos de relieve las ventajas del método de Bartoněk respecto al de Coleman, cabe hacer hincapié en los inconvenientes graves que —pese a todo— encontramos en su estudio. Dejando para más adelante las cuestiones de detalle y las hipótesis e interpretaciones sobre las que descansan las conclusiones, cabe hacer dos objeciones de base.

En primer lugar, el autor de estas líneas hubiera esperado que el método estadístico se hubiera aplicado hasta sus últimas consecuencias y, consiguientemente, que se hubiera precisado el límite de desviación significativa, a partir del cual un determinado coeficiente de diferenciación hubiera sido relevante.

En segundo lugar, la falta de citas epigráficas pertinentes, que se limitan por lo general a una referencia a los datos de *Development* o *Vývoj*. La objeción no revestiría mayor importancia si no hubiera un problema de base. Los datos que Bartoněk emplea en sus anteriores estudios no exceden de los contenidos en los manuales de Bechtel, Thumb-Kieckers o Thumb-Scherer<sup>21</sup>. Las dificultades que se encuentra en tal caso un trabajo de síntesis son evidentes, ya que es conocida la tendencia de los manuales a detenerse única-

<sup>20</sup> *Art. cit.*, 118-119.

<sup>21</sup> A veces la no ignorancia de ciertas formas hubiera alterado el esquema de Bartoněk. Así en *Vývoj*, 147 cuando se supone que el tratamiento *ts > tt* (tipo τωττος) se da en beocio y en tesalio occidental, sin tener en cuenta la forma ὄσσα IG IX.2, 258.10 de Cierion en Tesaliótide y que las formas con *tt* (tipo Φαυττος, Μελιττα *et sim.*).

mente en aquellos rasgos considerados como anormales en detrimento de los pretendidamente «normales». A mayor abundamiento, en el libro que nos ocupa no parece sino que han sido recogidos de manera un tanto selectiva aquellos rasgos que mejor puedan corroborar las tesis del autor. Es evidente que trabajos de síntesis sobre cualquier grupo dialectal deben apoyarse en gramáticas exhaustivas de cada dialecto aislado, que por lo demás deben haberse llevado a cabo previa recopilación de la totalidad del material epigráfico existente. Citemos un par de casos en que los coeficientes de Bartoněk deben forzosamente ser alterados en razón de la aparición de nuevos textos:

- El dativo atemático en  $-οις$  se atestigua ya en délfico ( $ἀγῶνοις$  FD 1.146) en 356/5 (casi un siglo antes del comienzo de la dominación etolia), como ha puesto de relieve la exhaustiva gramática de J. J. Moralejo<sup>22</sup> recientemente publicada. En el cuadro de Bartoněk (núm. 28) habría debido constar también el dativo en  $-οις$ , junto al en  $-εσοι$ , como propiamente dialectal.
- El paso  $sth > t(h)th$  que Bartoněk (núm. 24) incluye como exclusivo del cretense central se da también en laconio, a juzgar por una inscripción arcaica (s. v) publicada recientemente por W. Peek<sup>23</sup> en la que se lee  $παιεθα .11$  (aunque  $σθενει .19$ ). En la misma inscripción, la forma  $καθαλαθαν .7$  sugiere que el tratamiento  $tt(h)$  para el grupo en cuestión no es exclusivo del cretense central, como admite Bartoněk (núm. 22).

Casos como los que acabamos de glosar nos sugieren que ciertos rasgos que no se incluyen en el cuadro de Bartoněk por no estar aún atestiguados *ca.* 350 tal vez aparecerían ya en esta época si existiera una gramática puesta al día<sup>24</sup>. Resulta, pues, evidente que

<sup>22</sup> *Gramática de las inscripciones délficas (Fonética y Morfología)*, Santiago de Compostela, 1973, y nuestra reseña en *Emerita* (en prensa).

<sup>23</sup> «Ein neuer spartanischer Staatsvertrag», *Abhandlungen der Sächsischen Akademie der Wissenschaften zu Leipzig, Phil.-hist. Klasse*, 65, 3, Berlín, 1974.

<sup>24</sup> Por ejemplo, el paso  $-ηος > -εος$  está documentado en un decreto de *asylia* eleo de 185/4, conservado en Cos y estudiado recientemente por R. B. Harlow, *Eine Dialektanalyse der koischen Asylieurkunde*, Dunedin, 1972, junto con otros de igual fecha y diversa procedencia. Si se publicara una gramática del eleo, es posible que se atestiguara el rasgo en cuestión ya *ca.* 350, con lo que debería incluirse como eleo en el núm. 30 del cuadro de Bartoněk.

un trabajo, como el que comentamos, que tantas dificultades comporta, requiere una documentación exhaustiva sobre la que operar y no un *corpus* limitado y a menudo *ad hoc*; mientras no exista para cada dialecto una gramática como la de Moralejo para el délfico, estudios como el de Bartoněk estarán expuestos a que la publicación de alguna inscripción ignorada por los manuales al uso altere sustancialmente los coeficientes alcanzados y, en consecuencia, las conclusiones generales.

4.3. También en cuanto a la casuística de los criterios aplicados por Bartoněk cabe hacer algunas precisiones tanto respecto a los de selección como a los de exclusión. Además, los coeficientes de capacidad innovadora dependen de algunas interpretaciones que no sabríamos compartir.

1. La selección de los rasgos de relevancia diferencial ha sido muy oportuna en líneas generales. Ahora bien, admitiendo Bartoněk como admite la existencia de un sustrato eolio en Fócide y Lócride —criterio que estamos muy lejos de compartir, cf. 5.3.1— hubiera sido de esperar, desde su propio punto de vista, que incluyera las formas de participio de perfecto flexionadas como de presente o los adjetivos de material en *-ιος* atestiguados en focidio<sup>25</sup>.

Igualmente interesantes hubiera sido por lo demás la inclusión de algún que otro rasgo innovador, como la abertura de *el* en *al* en délfico (Δαλφοις BCH 50, 3) o la creación de demostrativos *eleos* en *-i* (tipo τοῖ Schw. 413.3, ταῖ .7, como en beocio) equivalentes a at. ἕδε.

2. La fijación de la variante propiamente dialectal correspondiente a cada dialecto exige un riguroso criterio de selección de datos, con la consiguiente exclusión de formas no relevantes, ya que es frecuente que se presenten dos o más alternativas. En este punto, ciertos criterios de Bartoněk son más que discutibles.

---

<sup>25</sup> Por lo demás, la confusión de las flexiones de perfecto y de presente es muy frecuente en dialectos occidentales, cf. K. Strunk, *Die sogenannten Aeolismen der homerischen Sprache*, Colonia, 1957, 106-107. En cuanto al adjetivo de material en *-ιος*, coexistente en micénico con el tipo en *-ε(ι)ος* (*wi-ri-ni-jo* / *wi-rine-o*) debe entenderse más bien como simple arcaísmo del griego común; pero en cualquier caso, su relevancia en cuanto a la capacidad diferencial del focidio es evidente.

En el caso de los datos procedentes de las colonias el lector no acierta a comprender por qué razón se admiten las de Acaya (cuyos óptimos resultados hemos comentado *supra*, cf. 3.1), mientras que los de las corintias se excluyen sistemáticamente. La invocación a influjos externos en Corcira es muy difusa y, en nuestra opinión, la presencia de rasgos como el dativo en *-εσσι*<sup>26</sup> o la espirantización de *d* pueden tener origen o correlato en la metrópoli; concretamente en el segundo de los casos citados la forma ζεκα SEG XI, 275.3 (s. v) parece concluyente.

En lo relativo a las formas aisladas, los problemas son evidentes, pues es muy subjetivo el afirmar hasta qué punto una forma supuestamente heterodoxa debe ser excluida. Veamos algunos rasgos que excluye Bartoněk sin mayores razones de las que tiene para admitir otros:

- Las formas sicioneas σταθος y Ὀρφας y la cretense Ορατριον, con probable paso de *ē* a *ǎ* como en *eleo*, son excluidas; ello se compadece muy bien con la exclusividad (?) de este rasgo en *eleo*, pero no deja ser arbitrario (cf. 5.2).
- Igualmente, aun admitiendo que la abertura de *er* en *ar* en etolio o acaico sea reciente, la exclusión de ὕπαρ Schw. 109.132 (Epidauro, año 320) no parece admisible por ser la fecha muy próxima a la que interesa a la investigación. Además, *u-pa-ra-ki-ri-ja* o la forma panfilia ὕπαρ sugieren una antigüedad mayor para este caso.
- No menos cuestionable es la exclusión de algunos testimonios de paso ρσ > ρρ en cretense central y argivo occidental (que Bartoněk no detalla), sobre todo si admite como válida la forma locr. or. Θαρσιπιπος SGDI 2228.1, aislada, reciente (año 186 . C.!) y nombre propio.
- El negar que en rodio y corintio se haya producido la espirantización de las sonoras (tipo *d* > *ǎ*) y el subsiguiente paso *dz* > *d(d)* para llenar la casilla vacía dejada por la apical sonora im-

<sup>26</sup> El que aparezca regularmente en colonias corintias sugiere que el dialecto aún conservaba *-οισι* de la flexión temática (λόκοι: λόκοισι:: ἄνδρες: ἄνδρεσσι), o, al menos, que el dativo en *-εσσι* pudo darse en Corinto tanto como en Grecia central. Cf. 5.3 para nuestra teoría al respecto, y CFC 5, 1973, 261 ss. para los datos.



plica descartar las formas rod. τοζε/Δευς, Ἄριδαλος (en la localidad de Camiro), cor. ζεκα/Δευς (en la localidad de Fliunte). La invocación al carácter supuestamente local de las formas de Fliunte y Camiro no justifica su exclusión, pues es más que probable que la falta de documentación exhaustiva impida conocer la verdadera situación del resto de las localidades no innovadoras.

Por lo demás, si tenemos en cuenta que Bartoněk admite como relevantes (y con toda razón) formas aisladas como el. φυγαδεσι, cír. Εὐεσπεριδεσι o lac. ἀποστρυθεσται (*sth* > *st*), en clara contradicción con los criterios de exclusión aplicados en las formas glosadas, parece evidente la necesidad de un mayor respeto por las formas atestiguadas y, en todo caso, que los criterios de exclusión se apliquen sin distinguos arbitrarios. De lo contrario, serían los hechos quienes se acomodarían a las teorías, lo cual no es ciertamente el proceder más científico.

3. En cuanto a la capacidad innovadora de los diversos dialectos, no parece admisible que Bartoněk considere relevante el paso ξξ > ές ante consonante, al tiempo que no se tenga por tal el paso -ονσ- > -οισ- en Cirene como consecuencia del segundo alargamiento. Verdad es que el paso -ονσ- > -οισ- no altera el sistema de vocales largas del dialecto donde se produce, pero debe indudablemente entenderse como innovación respecto al tipo πανσα que conservan el argivo occidental o el cretense central.

Por lo demás, los presentes del tipo βασιλείω del eleo deben considerarse como innovación *sólo* respecto al estadio originario -ewyō, pero como arcaísmo respecto a los demás dialectos que han generalizado el tipo βασιλεύω por analogía con βασιλεύς. El tratamiento fonético esperable (-ewyō > -ew'w'ō > -eiwo- > -eiō)<sup>27</sup> sería precisamente el que conserva el eleo.

Hemos glosado algunos puntos en que los criterios de Bartoněk no son en nuestra opinión admisibles. Con las sugerencias apuntadas en las líneas que preceden las interrelaciones entre los dialectos pueden quedar algo alterados. Con todo, el esquema general de Bartoněk resulta, repetimos, muy logrado.

<sup>27</sup> Así, cuando el tratamiento fonético normal no está mediatizado por influencias analógicas tenemos κείω, κλαίω (pero aoristos έκαισα, Έκλασσα).

5. Cabe ahora ocuparse de los postulados teóricos básicos —nada nuevos, por cierto— en cuanto a la evolución de los dialectos occidentales a partir del II milenio en que se apoya el análisis diacrónico de Bartoněk.

5.1. En cuanto a la cronología y distribución del primer alargamiento compensatorio, la tesis de Bartoněk en 1967<sup>28</sup>, según la cual la creación de vocales  $\bar{e}/\bar{o}$  que se fundieron con las preexistentes se había dado ya en el área micénica ca. 1200 y debía entenderse como hecho de sustrato micénico en los dialectos de la «Doris severior», no resulta en modo alguno convincente. Cabe argüir contra ella:

- Que en ático y en argivo oriental, dialectos hablados en regiones muy pobladas en época micénica<sup>29</sup>, se da precisamente al tipo innovador  $\bar{e}/\bar{o}$ .
- Que el arcadio<sup>30</sup> documenta en época histórica formas con geminada que Bartoněk no cita (ὄφελλονσι, ἐκριννον en Orcómeno, ἀμμες de procedencia desconocida en un decreto arcadio de Magnesia) que mal pueden explicarse si el primer alargamiento se había producido ya ca. 1200 en micénico, antecesor claro del arcadio. En este sentido, ni siquiera la teoría más moderada de P. Wathélet<sup>31</sup>, para quien las grafías micénicas *me-no*, *a-ni-ja*, *o-pe-ro-te* representan  $\mu\epsilon\eta\nu\omicron\varsigma$ ,  $\acute{\alpha}\eta\nu\iota\alpha$ ,  $\acute{o}\phi\epsilon\lambda\lambda\omicron\nu\tau\epsilon\varsigma$  justifica los datos del arcadio: dos innovaciones divergentes —alargamiento y geminada— en el mismo dialecto no son compatibles.

A la vista de los inconvenientes que una y otra teorías presentan, parece más sugestiva la tesis de M. S. Ruipérez<sup>32</sup>, para quien el

<sup>28</sup> Cf. *art. cit.*, en nota 9.

<sup>29</sup> Concretamente al Ática llegaron desde ca. 1200 —tras los desastres de fines HR III B— contingentes micénicos del Peloponeso y desde ca. 1125 (fines del HR III C) es detectable la llegada de elementos de Grecia central. Un último contingente de los últimos micénicos del Peloponeso (concretamente Acaya) ca. 1050 precedería a la migración jonia a Asia Menor, integrada por descendientes de antiguos micénicos.

<sup>30</sup> Cf. nuestra discusión con referencias en *CFC* 5, 1973, 255.

<sup>31</sup> «Le premier allongement compensatoire en mycénien et chez Homère», *Atti Roma* II, 815-823, en comunicación leída precisamente en el mismo Congreso en el que expuso su teoría Bartoněk.

<sup>32</sup> «Le dialecte mycénien», *Acta Mycenaea* I, 1972, 137-166.

micénico conserva las geminadas, que en el curso del tiempo fueron simplificadas por medio del primer alargamiento, a excepción de en tesalio, lesbio y —parcialmente— en arcadio. Y volviendo al caso de los dialectos occidentales, parece evidente que la división entre «Doris severior» y «Doris mitior» tuvo lugar en época posterior al asentamiento de las stirpes dorias en las regiones que ocuparon en época histórica. Los diversos resultados del primer alargamiento compensatorio constituyen isoglosas postmicénicas, *independientes por completo de la filiación originaria de los dialectos en que se dio*, como prueba el hecho de que tanto el jónico-ático (dialecto oriental) como el argivo oriental o el focidio (dialectos occidentales) presenten el tipo innovador.

5.2. Un punto fundamental dentro de la argumentación de Bartoněk es su tesis referente al *eleo*, formulada tal cual en 1964<sup>33</sup>, y que podemos resumir como sigue: el *eleo* se opone al resto de los dialectos occidentales en bloque a causa del paso de  $\bar{e}$  originaria a  $\bar{a}$  por influjo del sustrato pregregio; la nueva  $\bar{e}$  procedente del primer alargamiento debe entenderse como cerrada por haberse enclavado en el sistema vocálico entre la  $\bar{a}$  y la  $\bar{i}$ .

La tesis de Bartoněk es sugestiva a nivel sincrónico de ca. 350, en que el *eleo* se presenta como un dialecto claramente diferenciado respecto a los demás (cf. 2.2.1). Ahora bien, la antigüedad de la emancipación del *eleo* depende de la del paso  $\bar{a} > \bar{a}$ , como es evidente. Es éste un punto muy polémico, que Bartoněk ha pretendido resolver de manera excesivamente simplista. Conviene precisar:

— El paso  $\bar{a} > \bar{a}$  no es uniforme en *eleo* y las grafías E, H se emplean tanto como A para la notación de la  $\bar{e}$  originaria, incluso en un mismo documento. Así,  $\Phi\rho\alpha\tau\rho\alpha$  .1 junto a  $\sigma\upsilon\lambda\alpha\bar{i}\bar{e}$  .6 (Schw. 414);  $\acute{\epsilon}\alpha$  (= at.  $\epsilon\bar{i}\eta$ ) .2 junto a  $\kappa\alpha\bar{\delta}\alpha\lambda\bar{e}\mu\epsilon\nu\omicron\iota$  (= at.  $\kappa\alpha\tau\alpha\delta\eta\lambda\omicron\upsilon\mu\epsilon\nu\omicron\iota$ ) .6-7 (Schw. 413), forma ésta última en que la segunda A y la primera E representan un sonido que en principio debería ser el mismo. Igualmente en  $\mu\alpha$   $\phi\upsilon\gamma\alpha\delta\epsilon\iota\eta\mu$   $\mu\alpha\delta\epsilon$   $\kappa\iota\alpha\tau$   $\omicron\pi\omicron\iota\omicron\nu$   $\tau\rho\omicron\pi\omicron\nu$   $\mu\alpha\tau\epsilon$   $\epsilon\rho\sigma\epsilon\nu\alpha\iota\tau\epsilon\rho\alpha\nu$   $\mu\alpha\tau\epsilon$   $\theta\eta\lambda\upsilon\tau\epsilon\rho\alpha\nu$ , Schw. 424, 1-2, la arbitrariedad de las grafías es evidente. Tenemos, por tanto, que

<sup>33</sup> «Remarks on the Problem of the Elean Sign A representing the Proto-Greek *e*», *Eirene* 2, 1964, 97-110. Igualmente, *Development*, 89 ss.

en ningún momento se generaliza en eleo una grafía concreta para el fonema  $\bar{a}$  postulado por Bartoněk, lo cual es, por lo demás, perfectamente admisible.

- El fenómeno en cuestión, con ser muy frecuente en eleo, no es exclusivo de este dialecto, como prueban algunos datos de otras regiones que Bartoněk cita como no relevantes por su carácter excepcional. Así, en Sición tenemos una inequívoca forma  $\text{᾽Ορφας}$  *FD IV 1, 27/33* (de  $\text{*᾽Ορφής}$ <sup>34</sup>, con nominativo en  $-\ής$  por  $-\εύς$  como en arcadio), así como  $\text{σταθος}$  Schw. 130 (pero  $\text{σηθος}$  Schw. 251 B 20 en coico); igualmente en Creta<sup>35</sup>, el epíteto de Zeus  $\text{᾽Ορατριον}$  Schw. 198, 11 (Hierapitna, s. II) correspondiente a  $\text{*Φρετριον}$ . Finalmente, una inscripción de Metrópoli (Tesalia Hestieótide) del siglo III a. C. recientemente publicada por B. Helly<sup>36</sup> presenta, entre otros fenómenos peculiares de vocalismo, la negación  $\mu\alpha$ .5. Al margen de la explicación que para cada caso se pueda dar, es evidente que en Sición, en Creta y en Hestieótide tenemos casos aislados de grafía A para  $\bar{e}$ , con lo que el carácter pretendidamente exclusivo del fenómeno en eleo queda en entredicho. El que Bartoněk excluya las formas de Sición y Creta responde a un planteamiento claramente circular: la regla no puede tener excepciones y las excepciones se excluyen por el mero hecho de serlo.

En cualquier caso, lo más problemático es que el paso  $\bar{e} > \bar{a}$  en eleo pueda remontar a ca. 1200. Lo inadmisibles es apoyarse en la existencia de un nebuloso sustrato pregregio en Élide para justificar no sólo el paso mismo, sino su antigüedad. El que el silabario micénico presente diferentes signos para grupos que comportan  $a$  ( $a_2 = ha$ ,  $a_3 = ai$ ,  $ra_2 = lla$ ,  $rra$ , etc.) no prueba en modo alguno que el pregregio del Lineal A haya conocido ya el paso  $\bar{e} > \bar{a}$ , como pre-

<sup>34</sup> E. Schwyzer, « $\text{ΟΡΦΑΣ}$ . Ein Beitrag zur griechischen Dialektologie und zur delphischen Topographics», *IF* 38, 161-165.

<sup>35</sup> Las formas cretenses  $\text{Ζανοποϊειδανος}$  *SGDI* 5163 b 12,  $\text{ΤΤανα}$  *SGDI* V.2, 1173, al igual que beoc.  $\text{Δανα}$  en Corina y formas del mismo tipo en jonio ( $\text{Ζανος}$  *SEG* IV, 524.1, et sim) deben entenderse como eleísmos claros debidos al prestigio del culto olímpico de Zeus, cf. P. Kretschmer, *Glotta* 17, 1929, 197.

<sup>36</sup> «La convention des Basaidai», *BCH* 94, 1970, 161-189. En la misma inscripción, la forma  $\text{ποδεξαστα}$  (6,  $-\ασθα$ ) sugiere, según Helly, que  $ai > \bar{a}$  (notado A).

tende Bartoněk<sup>37</sup>. La conocida panacea del sustrato pregriego es inadmisibile en este caso:

— Porque el hecho de que el micénico tenga varios signos para *a* y grupos con *a* no implica, ni mucho menos, que en Lineal A estos signos tuvieran el mismo valor. Piénsese que cada dialecto asimila los signos o grafías según las necesidades de su sistema fonológico y que el del Lineal A no tenía, que sepamos, gran cosa que ver con el del Lineal B. Llevemos el razonamiento de Bartoněk a sus últimas consecuencias, y por poner un ejemplo del griego histórico: a la vista del valor de H en jonio vendría a resultar que el valor originario de este signo en el alfabeto fenicio era  $\bar{e}$  (!)<sup>38</sup>.

— Porque, partiendo de los postulados mismos de Bartoněk, esperaríamos que el paso  $\bar{e} > \bar{a}$  se diera también en regiones donde aparecieron tablillas de Lineal B (en las que el sustrato pregriego tendría las mismas características y efectos que en Élide).

— Porque, en última instancia, sería sorprendente que la acción del sustrato pregriego, conocido cajón de sastre del que pueden salir explicaciones para todo lo divino y lo humano, fuera invocable para fenómenos tan diversos como el que nos ocupa y el paso inverso ( $\bar{a} > \bar{e}$ ) en jonicoático<sup>39</sup>.

Una explicación omnicomprendiva de las causas y cronología de la aparición de A por  $\bar{e}$  en eleo<sup>40</sup> desborda los límites de este trabajo, cuyo autor por lo demás no dispone de solución definitiva alguna para el problema. Cabría la posibilidad de que el paso  $\bar{e} > \bar{a}$  fuera posterior a la primera oleada de alargamientos, de fecha cla-

<sup>37</sup> Cf. *Development*, 94 con discusión.

<sup>38</sup> Como es sabido, el signo  $\square$  (*het*) respondía a la necesidad de representar la aspiración en alfabeto griego no jonio; en alfabeto jonio la H se especializó para la notación de la  $\bar{e}$  originaria. Las inconsecuencias en dialectos no psilóticos en la notación de  $\bar{e}$  y *h*- en alfabeto jónico son desde luego frecuentes.

<sup>39</sup> Así, el propio Bartoněk *Development* 101, buscando una inestable solución de compromiso entre la explicación tradicional por sustrato pregriego y la estructural sugerida por M. S. Ruipérez «Esquisse d'une histoire du vocalisme grec», *Word* 12, 1956, 67-81.

<sup>40</sup> En el caso de la grafía A para  $\bar{e}$  en eleo, que Bartoněk pone en relación con el paso  $\bar{e} > \bar{a}$  de las largas. Dejando de lado el caso de la abertura de  $\bar{e}$  en  $\bar{a}$  en vecindad de *r*, tenemos el.  $\gamma\nu\omicron\mu\alpha\nu$  Schw. 414.6,  $\epsilon\upsilon\sigma\alpha\beta\epsilon\omicron\iota$  Schw. 418.15,  $\sigma\kappa\epsilon\upsilon\sigma\alpha\delta\upsilon\nu$  Schw. 417.4. Pero tampoco en este caso la grafía *elea* es uniforme y, por lo demás, también tenemos  $\mu\alpha\nu\tau\omicron\iota$  en argivo. Desde luego, coincidimos con Bartoněk en que una explicación válida para las largas lo sería también para las breves.

ramente postmicénica (cf. 5.1). La  $\bar{e}$  larga procedente del primer alargamiento se incluyó en el sistema vocal del eleo como  $\bar{e}$  y empujó a la  $\bar{e}$  originaria hacia  $\bar{a}$ ; en cambio, en la serie posterior la nueva  $\bar{o}$  larga se fundió con la originaria, dando lugar a un sistema asimétrico que no por poco frecuente es menos admisible. El fonema fluctuante  $\bar{a}$  y el esquema vocálico mismo propuesto por Bartoněk son, pues, admisibles, pero no la cronología, ni mucho menos la causa que postula el lingüista checo. El nuevo fonema  $\bar{a}$  sería notado como A en determinados contextos fónicos que apoyarían una realización más abierta: en vecindad de *r, l* (Φρατρα, πατρα, πλαθουοντα, καθαλεμενοι), en contacto con vocal *e*, por contraste (εα, βασιλαες). Para casos irreductibles como los subjuntivos δοθαι, φαιναται, εκπεμπα, las partículas μα, ματε, o el teónimo Ζᾶνες<sup>41</sup> (Paus. 5.21.2) cabe tal vez invocar (así, M. Lejeune)<sup>42</sup> una tendencia a la pronunciación abierta de las vocales —concretamente de  $\bar{a}$ —, justamente al revés que en tesalio<sup>43</sup>. La explicación que sugerimos, si no definitiva, es desde luego menos gratuita que la del sustrato pregregio, y tiene a su favor el jugar con datos griegos.

En cualquier caso, conviene retener de la discusión que precede que la diferenciación del eleo respecto al resto de los dialectos occidentales en función del paso  $\bar{e} > \bar{a}$  puede ponerse en relación con el primer alargamiento compensatorio y considerarse como reciente. El recurso al pregregio ca. 1200 es una petición de principio y no excede de los límites de una hipótesis totalmente indemostrable. Por lo demás, la evolución diferencial tan acusada del eleo puede explicarse a partir del griego, al igual que en el caso del jonio respecto a los dialectos orientales, y sin recurso al pregregio.

**5.3.** Una cuestión tangencial, pero no de menor importancia, es la de las relaciones entre los dialectos occidentales y el contorno no occidental, concretamente con los dialectos eolios; relación que es postulada como de superestrato/estrato, puesto que para Bartoněk,

<sup>41</sup> Cf. nota 35.

<sup>42</sup> Cf. M. Lejeune, *Phonétique historique du mycénien et du grec ancien*, París, 1972, 236.

<sup>43</sup> «The Boeotian and Thessalian Narrowings of Long-Vowel System», *SPFFBU* A 12, 1964, 167-179. Las explicaciones para cada dialecto son desde luego diferentes.

p. 23, los eolios ya estaban incorporados al mundo micénico durante el Heládico reciente, al menos en las regiones de Grecia central. Es, pues, en lo esencial, la teoría del sustrato eolio en Grecia central durante la Edad del Bronce la que sirve de sostén a Bartoněk al enfocar las relaciones entre ambos grupos dialectales.

1. El autor de estas líneas criticó en detalle la posibilidad de tal sustrato, al menos en época micénica, en un artículo publicado en esta misma revista<sup>44</sup>. Además, en un libro recientemente publicado<sup>45</sup> pretendió demostrar que el grupo eolio surgió en Tesalia —y sólo en Tesalia— en época postmicénica para llegar a Beocia no antes de fines del siglo XII a. C. Es claro, pues, que ninguno de los puntos de vista de Bartoněk al respecto nos resulten admisibles: ni que el sistema vocálico de tres grados del beocio (anterior, claro está, al cierre reciente de *e*), ni que el dativo en -εσσι (creación que entendemos como isoglosa reciente eolo-noroccidental) deba entenderse como hecho de sustrato eolio en focidio o el locrio. En cualquier caso, lo que llama la atención negativamente es que para Bartoněk la teoría del sustrato eolio en Grecia central permanezca inalterable, como si E. Risch, J. Chadwick, R. J. Buck<sup>46</sup> y otros autores no hubieran criticado con mayor o menor detalle la supuesta extensión hasta Beocia del sustrato eolio en la Edad del Bronce.

Sorprende, en cambio, que Bartoněk evite atribuir al sustrato eolio toda forma que caiga fuera de Grecia central. Así, la forma *elea* φυφαδεσσι Schw. 420.10 es considerada como simple extensión secundaria («secondary westward spread of that old Aeolic phenomenon», p. 71). La posibilidad no es descabellada, pero la forma en cuestión —sea eolia, noroccidental o simplemente *elea* en su origen— debe entenderse como hecho de sustrato (aislada!) respecto al estrato superior de dativos en -οις regulares en el dialecto. Y, una vez aceptado el carácter de sustrato, la tradición en torno al rey Endimión y su llegada a la Élide conduciendo a grupos de eolios

<sup>44</sup> J. L. García Ramón, «El llamado sustrato eólico: revisión crítica», *CFC* 5, 1973, 233-277.

<sup>45</sup> J. L. García Ramón, *Les origines postmycéniennes du groupe dialectal éolien. Etude linguistique*, Suppl. a *Minos*, núm. 6, Salamanca, 1975.

<sup>46</sup> E. Risch, «Die Gliederung der griechischen Dialekte in neuer Sicht», *MH* 12, 1955, 61-76; J. Chadwick, «Greek Dialects and Greek Prehistory», *G & R* 3, 1956, 38-05; R. J. Buck, «The Aeolic Dialect in Boeotia», *CIPh* 43, 1968, 268-280.

procedentes de Tesalia, sugiere que bien podría tratarse de un hecho de sustrato eolio, aunque —claro está— de época muy reciente<sup>47</sup>.

2. Al mismo tiempo, el considerar al tesalio o al beocio como dialectos orientales induce a Bartoněk a ver como muestras de influencia noroccidental en estos dialectos la presencia de rasgos como los participios en -ΕΙμενος o el pretendido paso de los verbos en -έω, -όω a -ήω, -ώω (sólo en beocio, a falta de datos en tesalio). Tal posibilidad existe en principio, pero también es probable que el primer rasgo represente un arcaísmo del tesalio y el beocio, a saber, la conservación de la flexión atemática de los verbos contraccos (notada -ΕΙμενος porque en ambos dialectos la  $\bar{e}$  es cerrada). En cuanto a los verbos en -ήω, -ώω, que entendemos más bien como un rasgo antiguo, creado como solución de compromiso entre -ήμι y -έω durante el período indeterminado en que la flexión atemática fue sustituida por la temática, la influencia occidental es muy improbable a) porque el tipo -ήω, -ώω aparece en beocio, en tesalio, en lesbio (y en arcadio, tipo ἀψευδηων), lo cual sugiere una fecha de creación antigua; el tipo -ήω del lesbio (ποθήω *et sim*) no depende en modo alguno del influjo occidental y b) porque en los dialectos occidentales, los datos son, paradójicamente, muy recientes<sup>48</sup> como el propio Bartoněk reconoce. Cabría por tanto preguntarse si en casos como los glosados la explicación más verosímil no sea la conservación de un arcaísmo o el desarrollo de una isoglosa común a dialectos occidentales y eolios, más bien que de una influencia de los primeros sobre los segundos.

6. El estudio de Bartoněk supone indudables logros como los glosados *supra*, cf. 3) y el balance final es más positivo que negativo, al menos en cuanto a la clasificación de los dialectos occidentales a nivel sincrónico. Al margen de críticas de detalle que se le puedan hacer (cf. 4.3) e incluso de las más graves —no aplicación del criterio de la desviación significativa, material muy limitado—, la determinación de coeficientes de capacidad diferencial e innovadora de cada dialecto y el cotejo de las relaciones de éstos entre sí, contribuyen a una cabal comprensión del grupo estudiado. Con

<sup>47</sup> Para una discusión, cf. J. L. García Ramón, «Eleo φυγαδεοσι y el problema del elemento eolio en el Peloponeso», *CFC* 8, 1975, 277-284.

<sup>48</sup> Por ejemplo, en délfico el tipo en -ώω es reciente: el primer dato (κλαρωεν *FD* 1, 486) remonta a 290-280, cf. J. J. Moralejo, *Gramática...*, 238.



todo, los resultados hubieran sido más halagüeños si el trabajo se hubiera llevado a cabo sobre la totalidad del material disponible.

Ahora bien, y ya en un plano más general, las posibilidades del método estadístico no deben ser supervaloradas: puede ser válido para la clasificación de los dialectos a un nivel sincrónico, pero por sí sólo no va más allá. La clasificación de los grupos dialectales a fines del II milenio es un campo muy distinto en el que la última palabra corre a cargo de los criterios estrictos de cronología lingüística. Por lo demás, en el caso del grupo occidental el problema no se plantea sino a nivel de fragmentación en dialectos dorios, del NW y, tal vez, *eleo*. No mayores problemas son los que plantea la fragmentación del grupo jónico-ático<sup>49</sup>. Pero en el caso de los dialectos eolios, a los que aún no se ha aplicado en detalle el método estadístico, poco tendrán que ver los coeficientes de correlación (o de diferenciación) del tesalio, del beocio o del lesbio si no se ha precisado previamente el valor, cronología y modalidad de cada uno de los dialectos de las divergencias respecto al protoeolio.

En el caso que nos ocupa, el trabajo de Bartoněk pone de relieve los inconvenientes que presenta una investigación que parte de premisas teóricas inadmisibles. En primer lugar, el mantenimiento a ultranza de la tesis del sustrato micénico como determinante del tipo «severior»; no es omitiendo el resultado de las investigaciones —divergentes por lo demás— de Wathélet o Ruipérez ni, lo que es inadmisibile, silenciando los datos disidentes del arcadio como logrará Bartoněk ganar adeptos para su teoría. En segundo lugar, el que el *eleo* constituya *ca.* 350 un dialecto muy diferenciado no implica que tal diferenciación remonte a *ca.* 1200, ni mucho menos, que deba explicarse en función del sustrato pregriego. Frente a uno y otro postulados de Bartoněk, suponemos que tanto la escisión entre «Doris mitior» y «Doris severior» como la diferenciación del *eleo* son postmicénicas, lo cual, desde luego, no es incompatible con los resultados obtenidos por el lingüista checo en cuanto a la clasificación a nivel sincrónico *ca.* 350 a. C.

J. L. GARCÍA RAMÓN

---

<sup>49</sup> Así, el propio Bartoněk «Attic-Ionic Dialects reclassified», *SPFFBU*, E 15, 1970, 149-156 en el que llega a la conclusión que *ca.* 350 el jonio de las Cíclades era un subdialecto del jonio de Asia Menor, mientras que el euboico y el ático mantenían características propias.